

San José, 18 de Septiembre 1910

Páginas Ilustradas

REVISTA SEMANAL

JUAN ARIAS R., Editor y Administrador

PRÓSPERO CALDERÓN, Propietario

Caupolicán

á Eduardo Solís Vergara

Lo vió en las selvas su nativa raza
erguido el rostro, soberano el busto,
como si fuera un Hércules robusto
blandiendo al aire la pujante maza.

El virgen corazón de la llanura
estremeció al pasar con sus legiones,
le puso un beso el Sol en sus lanzones
y el Maule dióle su canción más pura.

Aníbal en los Alpes no es tan grande
como tú, fuerza hecha hombre á quien Ercilla
miró más alto que el cristal del Ande.

¡Salve, gallardo paladín lancero!
Tu nombre singular perdura y brilla
como el Aquiles inmortal de Homero.

LISÍMACO CHAVARRÍA

Para el 18 de Septiembre de 1910.

Notas breves

Dos ventanas. El sol caldeaba las planchas de la acera; los nubarrones de la próxima lluvia iban enfilándose rápidamente sobre los picachos del Norte; y nosotros caminábamos a tranco ligero con rumbo a la faena que nos esperaba.

Al pasar por un caserón de ventanas abiertas, ruido de enjambre hirió nuestros oídos. En una aula, los niños iban entrando a comenzar la clase. Nos detuvimos, como de costumbre lo hacemos, enfrente de los niños. ¡Hay tanto nuevo y raro que leer siempre en las rosadas páginas de sus cartitas!

«Por la señal de la santa cruz...» dijo la maestra entrando y cruzando los brazos maquinalmente, casi sin fijarse en los discípulos medio adormilados por el bochorno del medio día, arrullados por el gorgoro del rezo. Y pasado un cuarto de hora de recitación mecánica y vacía, explosiónó la charla desbordante y el *rastrillo* de pies, las toses y los gritos de los niños. La clase iba a comenzar.

Los programas oficiales vigentes no mandan ni autorizan tal costumbre que roba tamaños ratos a la lección, pero el señor Cura lo ha mandado y la maestra obedece con asiduidad.

Seguimos el rumbo, y allá en la última ventana, la lección de canto lanzaba a la calle sus armoniosas ráfagas. Cincuenta vocesitas en derredor de un piano, cantaban con el maestro. Este comenzó a la hora en punto. Hombre al fin, sólo sabía obedecer al reglamento.

*«Viva el trabajo,
fuente de vida,
que nos convida
al bienestar.»*

Y la alegría infantil aleteaba entre las notas que iban a caer como mariposas sobre la acera.

Fuimos al trabajo que nos sonrió con sonrisa de fatiga, y durante todo el día pensamos en las dos ventanas de la escuela.

¿Quién ataja el vuelo del pensamiento? Se nos ocurrió que mientras la exquisita complacencia oficial permite esos agregados a sus programas, el rezo podía hacerse cantando.

¡La música todo lo perfuma y lo embellece!

La caridad entre casa. Para tener derecho a la crítica en su día—porque no lo tienen, a nuestro entender, moralmente al menos, quienes niegan todo esfuerzo en servicio de la labor cuyos malos resultados quieren censurar después—hemos desempeñado, trabajosamente y todo, cuantas comisiones ha tenido a bien encargarnos la Junta de Socorros.

Opinamos desde ahora que el reparto, acaso ya muy tardío, no va a ajustarse a las verdaderas exigencias de la necesidad que trata de remediarse.

La culpa, en este caso, no la tiene la Junta solamente. La tenemos todos.

Se nombran comisiones por todos lados, formadas por las personas que, de un modo ó de otro, han manifestado piedad ó celo por la buena marcha de las cuestiones sociales, y esas comisiones, con excepciones rarísimas, retardan hasta el exceso el cumplimiento de su tarea y proceden en ella como si ningún alto interés moviera su gestión.

La inercia, la eterna inercia criolla se manifiesta en todas partes.

Por otro lado, no son los más necesitados ciertamente los que han podido formular su petición. Un enjambre de gorriones se abalanza aquí sobre cualquier caudal destinado a la piedad; y son precisamente aquellos que menos derecho tienen a ella, los que deponiendo todo rubor estiran la mano y fingen la súplica angustiosa.

¡Hubo mala organización en los preliminares de esta obra humanitaria y a ella se debe esta tremenda irregularidad!

Terminadas nuestras observaciones, lo diremos a su tiempo.

Por ahora sólo hemos de insistir en que el indefinido retardo de la distribución—del cual hay tantos, tantos responsables—va a desnaturalizar completamente la Caridad en este caso.

Guirnalda. Si para los potentados de la suerte y para los grandes de la gloria, el sentimiento hace coronas con que adornar sus tumbas, cuando caen,—acaso congestionados por la hartura ó

desplomados por la vanidad.—las fosas de los oscuros luchadores del trabajo no deben quedar sin el recuerdo que agasaja y conforta á los que viven del pan de su memoria.

Nuestra pluma tejerá de esas guirnaldas. Allí en Limón, luchando por la vida ansiosamente, ha sucumbido en estos días un obrero modesto; Rafael Sanabria, padre de nuestros amigos Luís y Juan Rafael.

No tiene otra historia que la muy noble y gloriosa del trabajo.

Por eso le rendimos en estas PÁGINAS, un sencillo homenaje.

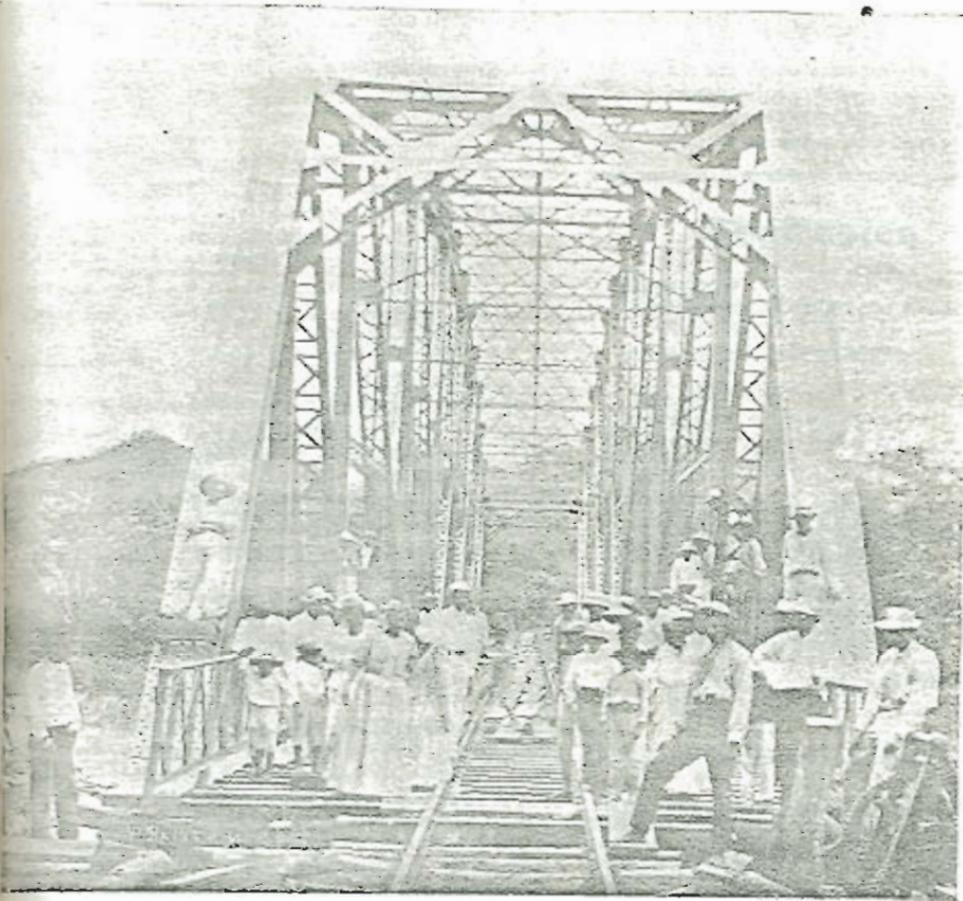
¡Descansen ya!

BILLO.

Lo que yo te daría

*Un castillo de blancas azucenas
donde una mano leve
coloque entre armonías y rumores
río transparente;
un rayo misterioso de la luna
empapado en el fiero;
un eco de las arpas que resuenan
y el corazón conmueven;
un beso de un querube en tus mejillas,
algo apacible y leve,
y escrita sobre la hoja de albo lirio
una rima de Bécquer.*

RUBÉN DARÍO



Una vista en el Puente de la Barranca — Ferrocarril al Pacífico

De "El Soldado"

Drama de costumbres colombianas,
por Adolfo León Gómez.

Escena V

Monólogo del Sargento (1)

Sargento Aguilar! Presente.
¿Qué es lo que acabas de hacer?
¿Qué más?... desobedecer
las órdenes del Teniente.
Faltar á la disciplina.
á la ordenanza... y mejor,
no haber tenido valor.
ser por completo gallina.
Está visto que ante el fuego,
los llantos y los suspiros.
soy muy flojo... Que los tiros.
los machetazos y el fuego
yo prefiero. Mas no obstante,
no será tan mala acción
cuando siento el corazón
muy alegre en este instante.
Porque en fin, cosa es que aterra
reclutar, un pobre esposo
y obligar al que es dichoso
á ser mártir en la guerra;
á servir á algún partido
que ni de nombre conoce.
á sufrir porque otro goce.
sin más premio que el oído:
á matar inocentemente
á sus queridos paisanos,
á sus amigos y hermanos
porque suba un Presidente
ó algún otro señorón
que ni los nombres supieron
de los pobres que murieron
por servirles de escalón.
No sé por qué de soldados
no cogen á los señores
que son en puestos y honores
los solos interesados,

sino á pobres que subsisten
del trabajo personal
y con el diario jornal
á larga familia asisten.
No sé por qué quien desea
legar á ser Presidente,
no expone personalmente
su existencia en la pelea.
sin arrastrar al cuartel
por el hanbre de destinos
á infelices campesinos
para que mueran por él.
Convengo en que fuera justo
por enganche voluntario:
cada uno por un salario
puede venderse á su gusto;
mas llevar á que derrame
su sangre por fuerza un hombre.
¡vive Dios! no tiene nombre.
¡Vive Dios! eso es infame.
En fin, de su capa un sayo
hagan ellos... Conclusión:
la pobreza es maldición
que llama sobre uno el rayo.

Contrastes

Acontece que un sabio, temeroso
de pasar ante el vulgo por pedante,
su propia ciencia eclipsa en un instante,
y el mundo pierde galardón precioso.

En cambio el erudito vanidoso
se corona con lauros de pensante;
hollandando la razón ¡hábil tunante!
logra aplausos del vulgo caprichoso.

Es soberana ley, eterno río,
que acusa de lo humano la torpeza,
el contraste en lo excelso y lo finito.

Por error se sublima la vileza:
el microbio se expande en lo infinito,
el diamante se forma en la impureza.

TULLIO RODRÍGUEZ

Puerto Rico.

(1) El Sargento Aguilar, con su escolta, ha cogido á un campesino para llevarlo á la guerra en defensa del Gobierno. La esposa y la madre del recluta imploran su libertad; el Sargento resiste, pero una de las mujeres le dice: cuando á usted lo reclutaron, ¿qué hizo su madre? Entonces el Sargento recuerda la escena dolorosa que nunca ha podido borrar de su memoria. Ve en aquella mujer á su madre Borosa, ultrajada por la soldadesca y muerta de allí á poco por la pena. Enjuga una lágrima, suelta al recluta y hace este monólogo.

Con este número, 250, se cumple un abono de PÁGINAS. A nuestros favorecedores rogamos pagar la suscripción antes de recibir el 251, á la presentación del recibo, y á los suscritores de lugares donde no tenemos agente, les agradeceremos nos envíen el colón en estampillas de uno ó dos céntimos, descontando el porte. En los próximos cuatro números daremos más y mejores fotografías.

Teatro Nacional

Compañía Adams

La presentación de la *troupe* «Evangelina Adams» ante nuestro público, en el hermoso Teatro Nacional, culminó las aspiraciones y deseos de las gentes que ansiosas estaban de oír y de ver algo distinto de caseros espectáculos, como han sido los que hasta hoy, después de Paco Fuentes, proporcionaran diversión y regocijo al ánimo.

A pesar de los augurios de mal tiempo y posibles oscilaciones sísmicas, ello es que el público no estaba esa noche del *debut* para hacer caso de tales fruslerías — si nos oyese Nolasco! — Y sin más ni más, al teatro fuese en oleada turbulenta y llenó todas las localidades. El aristocrático desfile de nuestras damas, allí brilló con magnitud unánime.

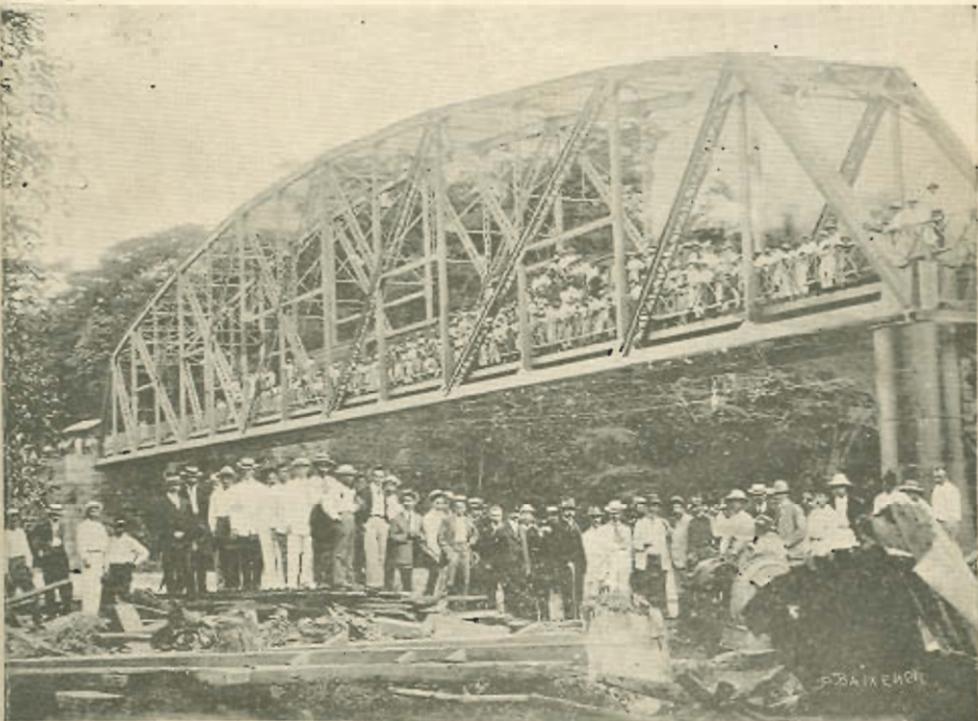
En general, como al principio dijimos, la Compañía cumplió bien esa noche. Los artistas todos trabajaron con gran amor. El desempeño de la obra de Capús y Arenas, grabó una estela de satisfacción y de entusiasmo en los circunstantes. Bien puede augurarse para lo demás de la temporada una serie de triunfos. Entre tanto éstos llegan y tenemos ocasión de hablar por separado de cada uno de los artistas, saludamos atentamente a la Compañía Adams.

El capítulo más largo de la vida de las mujeres, es el de sus inconsecuencias.—
Muricidax.

—Al que traiga un cuento, desprécialo al momento.

—Dolor de esposo, dolor de codo; duele mucho y dura poco.

Proverbios árabes.



Otra vista del Puente de la Barranca

Vibraciones del camino

(Cas tres banderas)

Para Páginas Ilustradas

El Elba se insinúa anchuroso como un gran brazo de gigante internado en la ciudad, en la comercial Hamburgo, agitada y bella, subyugadora con sus lujosos almacenes, sus anchas avenidas y enormes chimeneas.

Las aguas verdi-negras del prepotente río, sacudidas de continuo por el movimiento de las máquinas, chapotean rítmicas bajo los muelles flotantes ó se rizan rumorosas empujadas por los barcos que describen innumerables esteladas, las cuales, consteladas por el sol, semejan láminas de acero llovidas de granizo.

Atracados á los muelles de bien pulidas piedras y recio calicanto, allí donde el río parece ahondarse, donde se estrecha y se bifurca, se pueden advertir hasta cien buques de diversas procedencias, balanceándose apenas en la magestad abrumadora de sus moles. Son los trasatlánticos, los olímpicos guerreros contra la honda brava de los mares, contra el tumbo impetuoso del oleaje enfurecido bajo el desamparo siniestro de los cielos.

Los contemplo largo rato con admiración, como á verdaderos campeones, y de súbito una alegría intensa me enbarga el espíritu. En tres mástiles, de tres vapores, tres banderas flamean airoosas, desenvolviéndose en mi redor uno como perfume de embriagantes remembranzas.

Pienso en la Patria ausente, en el fingido idilio, en la casta seducción, bajo un rayo de la luna, que hiciera vibrar en mi lira el encanto de un soneto, confeccionado en las locuras tormentosas de la fantasía, sobre la rosa purpúrea de un celaje, cuando se marcha el sol y nos invita, truhanescamente, á divagar y reconstruyo calles, jardines y balcones... viro los ojos morenos, ó las pupilas de color violeta que de pasada me brindasen un manojo de sus rayos...

Las tres banderas—como en aeroplano de invisibles alas—llevaronme muy lejos... allá, á la cumbre andina, desde donde se descubren, de esmeralda y oro, las bellas lontananzas de la tierra americana.

Las tres banderas trajéronme un poco de la vivida juventud y sus flores de espe-

ranza. La una ostenta una águila forrada, la otra una estrella, y la otra un escudo: Méjico, Cuba y Costa Rica. Hermosa trinidad! Soñé... Y por encima de mi sueño, los recuerdos, convertidos en bálsamo, me acariciaron con caricias de seda, suavemente, como si aspirase un viejo aroma guardado en un pañuelo.



Hamburgo... Berlín... Viena... El correr vertiginoso del ferrocarril, apenas me ha dado tiempo de fijarme en el camino. Estaciones suntuosas, castillos y chalets, jardines y campos de labranza...

A las 24 horas el tren se detiene en Budapest.

Nieva, nieva apaciblemente, y la regia capital se presenta á mis ojos—con su Danubio azul y múltiples palacios—como una visión alentadora.

AGUSTÍN LUJÁN

Budapest, marzo de 1910.

Superstición

El número 13 es tenido por aciago. Hubo trece comensales en la cena pascual; uno de ellos se llamaba Judas, comió con el Maestro, lo besó y lo vendió. De ahí el enigma sobre el número maldito, de ahí la arraigada superstición. ¡Oh! Vosotros los que tembláis cuando os encontráis trece reunidos, temblad siempre, vivid muriendo de incurable miedo! Iscario y Cristo están en todas partes. En todo banquete, sea cual fuere el número de los convidados, cabe un comensal traidor. A veces, cuando sólo hay dos hombres reunidos, uno de ellos es el apóstol falso, en ocasiones los dos son Iscariotes que besan y venden. No el número trece sino cualquiera otro entraña esa horrenda fatalidad.

Si treinta dineros no alcanzan á doblegar á ese hombre, echad más en el platillo, y más, y lisonjas y sueños de gloria, y títulos y honores ó castigos y expiaciones y amenazas... y ya veréis como vacila el fiel de la balanza y se inclina al fin.

Y si véis que ese hombre no cede, que ese carácter es incorruptible, que es encina y no pino, entonces temblad por él. Ese sí está marcado con la cifra nefanda. Los hombres de hoy también se hastían de Aristides y lo proscriben, porque es justo.

Cuando Ud. toma una medicina debe tener confianza sobre su procedencia

Hágase cliente de la bien acreditada
Botica del Comercio
= y su confianza será completa =

Gran surtido de las mejores medicinas de patente y de la más fina perfumería y artículos de tocador.

Depósito general del famoso Vino de Terpina Co.

Páginas Ilustradas

Revista Semanal de Literatura, Ciencias, Artes, Industria, Comercio y Variedades

JUAN ARIAS R., Editor y Administrador
Apartado 400 — San José de Costa Rica

Precios de la suscripción

4 números	¢ 1.00
13 números (trimestre) ..	3.00
26 números (semestre) ..	5.00
1 año, pago adelantado. ..	10.00
Número suelto	0.25

Las cuotas de suscripción deben pagarse por adelantado y las de fuera de San José deben remitirse en giros postales, órdenes sobre cualquier casa de esta plaza ó en estampillas sin usar, de 1 ó 2 céntimos y en cubierta certificada.

Los señores suscritores tienen derecho á enviarnos fotografías perfectas de paisajes, edificios, personajes notables (caballeros, señoras, señoritas) ú otras, que publicaremos si las consideramos útiles y adaptables á la índole de esta Revista. Con las referidas fotogra-

fías deben acompañarse breves notas descriptivas de las unas y biográficas de las otras.

Cualquiera otra colaboración que nos venga sin ser personalmente solicitada por el Editor de la Revista, la Redacción se reserva el derecho de publicarla ó no.

Importante ofrecimiento

Esta Revista abre una sección anunciadora para profesionales y comerciantes en general, quienes podrán publicar sus anuncios en la forma más económica. Por la pequeña suma de dos colones mensuales, concedemos un anuncio con la suscripción de PÁGINAS.

Envíenos enseguida su anuncio, ajustándose al espacio que señalamos:

¢ 2 al mes por la suscripción de PÁGINAS ILUSTRADAS y un anuncio de las dimensiones de este, es un gasto bien pequeño para conseguir una recompensa grande. Ya ve Ud. cuanto cabe aquí.
Por doble espacio, ¢3.50 en iguales condiciones

ROMERO

Tienda y Almacén de gran Lujo

TODO CUANTO SE NECESITE PARA VESTIR BIEN

Surtido expresamente de Europa y Asia, renovado por cada vapor

PLATERÍA PARÍS

Enseguída de la
Sastrería de Scaglietti

FABRICA DE ALHAJAS sólidas
y artísticas, trabajadas á satis-
facción del más refinado gusto.

Elegantes MONOGRAMAS en
esmalte y toda clase de grabados.

Compra de oro de alhajas destruidas

Por dos colones

ponemos á Usted un anuncio
del tamaño de este cuadrito
y le enviamos la Revista durante un mes

LA OPINION

100 varas al sur de la Dolorosa. San José
Gran Fábrica de Siropes y Rompopo
Salón de Refrescos. Aseo y Pureza.
LUIS CHAVES, Propietario

TRAUBE

Gran Fábrica de Cervezas y de Aguas Gaseosas

FÁBRICA DE HIELO

El gusto de mis clientes la califica como Superior á cada instante

La mamá y un enfant terrible

—Hijo, ¡qué guapo te pones cuando lloras! ¡Qué cara pones!
—Madre. ¡y qué son *carapones*?

CONVIENE SABER

que el gran secreto del éxito fabuloso obtenido en el
Comercio de este país por la

Botica Francesa

HERMANN Y ZELEDÓN

Está en su actividad y en el orden y honorabilidad
constantes en todos sus trabajos.

También en la bondad y eficacia de sus

Preparaciones Especiales

entre las cuales descuellan los

POLYOS FILODERMA

Inofensivos, Adherentes, impalpables,
que dan frescura y nitidez al rostro de las damas
sin causarles daños.

PARFUM
CAMIA



V. RIGAUD
PARIS



AGUA
de
KANANGA
DEL JAPON

Desconfiarse
de las
imitaciones.

V. RIGAUD
8, rue Vivienne, 8
PARIS

APIOLINA CHAPOTEAUT



Regulariza el flujo mensual,
corta los retrasos y
supresiones del mismo
los dolores y otros
que suelen acompa-
ñar a las
épocas.

En todas las Farmacias

SALUD DE LAS SEÑORAS

HIGIENE de las SEÑORAS

DILUIDO EN AGUA, EL

**CRYSTOL
TOCADOR**

Es el remedio soberano de las
afecciones uterinas cura las *flores
blancas*, las *melritis* y en general
todas las *dolencias de las vías
uterinas*.

PARIS, 8, Rue Vivienne, y en todas Farmacias.



Aniversario

I

La blanca lilia de tu vida
al cumplir dieciséis primaveras,
surge al mundo triunfante y divina
con su tirso de rosas espléndidas.

Un conjuro de Gracias te mima,
y al poner en tus manos su ofrenda,
hay celestes acordes de risas
y eclosiones de músicas tré mulas
en tu hogar, que es la santa capilla
donde esponja sus alas de seda
la radiosa deidad que vigila
y protege tu blanca inocencia.

Van á ti rumorosas y líricas,
de perfume y amor mensajeras,
á ofrecerte sus mieles olímpicas,
enjambres sonoros de rubias abejas;

Y entre tanto sonriente y bendita
ves tu dicha pasar lisonjera,
un certamen de sistros y líras
es el rubio champán de la fiesta.

II

Yo no quiero llegar á tu lado,
porque sé que mis alas son negras,
y podría provocar su revuelo
el vuelo del ave que canta en tu reja.

Mas agito esas alas adustas,
y en el aire cargado de esencias,
atesoro de amor una lígrima,
y te envío la mejor de mis perlas.

OSCAR PADILLA

Setiembre de 1910.

Nuestros poetas en el Exterior

Exito Gráfico, excelente revista técnica tipográfica que se edita en Buenos Aires, trae el siguiente juicio de *Los Huérfanos*, el drama de nuestro colaborador y amigo Ureña. Contiene frases de aliento altamente halagadoras, y nosotros lo reproducimos porque nos satisfacen los triunfos del amigo. Helo aquí:

“**Los Huérfanos**, drama en tres actos, en prosa, de don Daniel Ureña, estrenado el 6 de junio de 1909 en el Teatro Nacional de San José de Costa Rica.—Hemos recibido el libreto de esta obra, con afectuosa dedicatoria del autor, distinguido literato y periodista que hace honor á las letras de su país, de cuya producción hemos de decir que está escrita con gran amor y sentimiento altruista, y á pesar de su complicada trama, la acción se desarrolla con naturalidad, llegando al desenlace con la sublimidad del perdón, admisible como alto y moralizador ejemplo, pero que nuestra naturaleza imperfecta resiste ante el acumulamiento de maldades del criminal. Los huérfanos están bien defendidos por el evangélico autor, presentándolos dotados de virtudes admirables, contra los formidables escollos de la vida y liberados por la bondad materna del vicio paterno. Esta producción revela encomiables facultades para la literatura escénica, y sobre todo una gran sinceridad, que la hace altamente simpática, aunque la factura nos parece demasiado impresionada por escuelas que ya no satisfacen plenamente á nuestro público, menos sentimentalista y más real. Es de esperar que el señor Ureña alcanzará otros y mayores lauros en la literatura dramática, y agradeciéndole su cariñoso obsequio, le enviamos nuestras felicitaciones por su obra.”

ANSIAS

*Cuando llegue el ocaso de mi vida,
y ávido el cuerpo, de luchar cansado,
el reposo y la paz apetecida
busque en la fosa, espero que á mi lado,
para morir tranquilo y sin tortura,
te halles y brindes por saciar mi anhelo,
uu casto beso de tu boca pura,
que llevaré como reliquia al cielo.*

Erasmo Pellis.

Carucho

Para Páginas Ilustradas

—¿Qué tienes, Carucho? interrogué, mientras acariciaba con mi mano la hermosa cabeza del muchacho. No me respondió. Con la cara entre las suyas sollozaba amargamente.

—Dímelo, chiquillo—supliqué.—No me gusta verte así.

—¿Qué tendrá este Carucho, señor? me preguntaba ante la pequeña, apenada figura que tenía ante mí. En verdad que este es un muchacho raro. Yo nunca había encontrado un niño que me interesara más. Tenía nueve años apenas, pero no era juguetero ni bullanguero como los otros chiquillos que conocía. Me gustaba mirar su carita pálida, morena, con aquellos ojazos grandes, reflexivos, color de pizarra.

—Es un pequeño soñador, decía burlándose su hermano grande. Este año, cuando estábamos en el campo, lo encontraba a menudo en los mediodías, acostado bajo los árboles, con los ojos cerrados. ¿Duermes, Carucho? le preguntaba.—No, oigo cantar las cigarras. Luego quería que yo le explicara por qué cantan, cómo cantan y por qué no cambian de tono. Este muchacho es un preguntón. Yo no lo sufro. A menudo lo encontraba de codos en la ventana, con su libro de lectura que era su mortificación, a un lado, mirando volar los zopilotes ó las golondrinas y deshacerse las nubes.

—¿Las envidias, Carucho?

—Sí, quisiera volar. ¿No es verdad que debe ser una cosa muy buena sentirse volando?

Un día me había dicho, viendo blanquear una media luna, en el azul intenso:

—Mire la luna entre aquella bandada de zopilotes. ¿No le parece un pájaro blanco que vuela entre ellos?

—Pronto se irán las golondrinas, contóme en otra ocasión. Dice papá que ya comienza en el país de ellas la primavera; esto va á quedar muy triste. Quisiera ser tan pequeño como Almendrita, para que una golondrina me llevara sobre ella volando, hasta la torre de una iglesia lejana. ¿Verdad que lo de Almendrita es cierto? Dice Ana que es mentira.

—Ana no sabe de esas cosas.

—Yo vi alejarse el año pasado á las golondrinas. ¿Usted las conoce? Usan una casaca negra y un chaleco blanco. La cabecita es negra con unos ojos de cuentillas muy brillantes. Cuando yo entré á la escuela á primer grado, ¿recuerda? se fueron ellas.

Entornó los ojos como si viera, algo muy lejos y continuó: estábamos en clase y la maestra, la niña Celia, nos enseñaba á leer, pero yo no atendía, miraba á través de la ventana abierta el cielo tan azulito, y las golondrinas que armaban una gran bulla sobre el techo del teatro. Oía como si viniera de muy lejos la voz de la niña Celia: Ala—A-la. De cuando en cuando uno de los pájaros volaba, luego se alzaban todos y volvían á caer sobre el techo del teatro. ¿Sabe en qué pensaba al mirarlas bajar moviendo sus alitas tan negras? Que arriba, muy arriba, cerca de donde está la luna, agitaban un árbol y hacían caer sus hojas que eran muy grandes y oscuras, sobre aquel tejado. Repita, Mauricio, dijo la maestra. Yo no supe y me pusieron una mala nota. Pero á mí no me importó y seguí mirando hasta que las golondrinitas se fueron, muy alegres, gorgoando mucho. Yo decía: esos son los cascabelillos con los que juegan los ángeles cuando son muy chiquitos.

—¿Qué hacer con este Carucho?—oj qué decía una vez la mamá, al padre que entraba. Hoy lo he mandado á estudiar su lección. Como á las dos horas lo necesité y Juan me dijo que hacía mucho rato lo había visto irse para el petrero. Me fuí á buscarlo. Cerca de la tranquera, tirado en la hierba estaba el libro. A él me costó encontrarlo, en aquella hondura bajo los guayabos, tumbado boca abajo. No me sintió acercarme. ¿Sabes lo que hacía? mirar unas hormigas. Con esa seriedad que se tiene me dijo: «Perdone, mamá, no he estudiado mi lección porque recordé que ayer tarde me encontré este caminito de hormigas y me he venido á verlas tan atareadas.» ¡Oh criatura, nunca aprenderá nada! Lo he castigado, en toda la tarde no se moverá de esa silla.

El padre y yo abogamos por él. Sentía una inmensa tristeza al contemplar á Carucho tan quieto, con su carita pálida contraída por un gesto de pena, mudo, con los ojos fijos en el suelo.

Consiguí lo perdonaran. En la tarde

sin que nos vieran, cogílo de una mano y me lo llevé al potrero.

—¿Por qué se enoja mamá y me castiga porque voy a ver las hormigas?

—Le has desobedecido; ella te mandó a leer y tu tiraste el libro.

—No pensé que mamá se enojase por eso. Figúrese que casi todas las lecturas de ese libro son muy aburridas. A mí me gustan los cuentos como el de la mangusta, de Rikki-tikki. ¿recuerda? ó como aquel otro que me leyó usted de un chiquito que se puso luto en su sombrerito, porque llevaron las vacas, sus amigas, al matadero. Esta mañana me pareció mucho mejor ocuparme en ver las hormigas ir y venir, las más pequeñas con sus pedacitos de zacate, unas, otras con una semilla de guayaba ó una florecita. Si viera cómo me ref: seguro sacan a pasear del hormiguero a las hormigas chiquitas y como á la vuelta están cansadas, las suben en la brizna de zacate que cargan y así las traen. ¡Qué preciosas se ven! ¿Usted las ha sorprendido cortando los pedacitos de hoja con las tijerillas que tienen en la cabeza, mientras se apoyan con fuerza en las patitas de atrás?

¿Verdad, verdad que todo eso es más bonito que estas lecturas donde á cada rato nombran á Juan Santa María y á los filibusteros?

Sí, Caruchillo, tienes razón, y llenos de alegría nos fuimos á ver el caminito de hormigas.

Pero en aquel momento sí que me tenía intrigada el llanto del muchacho.

¿Lo habrían castigado? Pues era raro, porque cuando sucedía tal cosa, Carucho no lloraba, se tragaba las lágrimas, mientras su carita daba lástima por la expresión que tomaba.

—Bueno, pues me voy, ya no eres mi amigo.

¿Ya no me tienes confianza?

—No, no se vaya, yo se lo pido... Yo le contaré todo... Deseaba viniera porque sólo usted no se burla de mí. Eso sí, que allá dentro no sepan nada, menos mi hermano ó Ana, se reirían de mí... Mamá no la regaña porque la quiere mucho. Yo quisiera que usted estuviera siempre en casa. ¿No sabrán que he llorado, verdad?

—No, chiquillo, pero no llores más y cuéntame.

—Sabe: murió Min...

—Mín. ¿Quién es Min?

—Ya lo olvidó: Jazmín, nuestro viejo perrito.

—Ahl sí.—Luego se me representó la fi gurilla blanca, lamada, trotando siempre tras Carucho ó sentada á su lado.

Las lágrimas corrían por las mejillas del niño. Comenzó á contar: fué un torrente de palabras dichas con tono ansioso, interrumpiéndose á cada rato por los sollozos.

—No olvidaré nunca la vocesilla del muchacho, resonando quejumbrosa en la gran sala.

—No le veremos más, dijo papá cuando lo enterramos bajo la higuera. Yo no quería que le echaran tierra... pero Juan comenzó á arrojar paletadas de ella en el hueco. Todavía veía yo pedacitos de la lana blanca que lo cubría... después nada... Ahí quedó él, quieto, inmóvil. Yo creí que dormía, pero papá dice que está muerto. Cuando matere un perro, nada se mueve dentro de su cuerpo; yo palpé el de Min y todo estaba quieto. Por qué lo que antes se movía dentro de él no lo hace ahora? Dice Juan que es que el corazón se queda inmóvil. ¿Cuándo murió el tío Chico se quedó como Min? Yo nunca lo volví á ver desde que se lo llevaron en su ataúd negro. Papá me ha llevado al cementerio y en un pedacito cercado por una verja y lleno de violetas dice está enterrado. Antes no comprendía cómo podía estar allí y no lo veía; ahora sí... está bajo la tierra como Min, quieto, quieto. Cuando ellos abren los ojos y miran que los cubre la tierra, deben sentir mucha tristeza. ¿Oírán los pasos y las voces de los que transitan sobre el suelo? Anoche, cuando todos dormían, yo pensaba en el Min y lloraba. Nunca más trotará á mi lado, ni me saldrá á recibir moviendo su cola tan bonita, cuando yo regrese de la escuela. Tendrá miedo de estar tan solito? Me le vanté sin que nadie me sintiera y fui á acompañarlo bajo la higuera. Me incliné sobre la tierra, lo llamé para que supiera que yo estaba allí. Le prometí que yo no dejaré que se lo coman los gusanos, que yo tengo la caja de cartón donde guardo mi gorrita nueva, para él. Luego me arrodillé y recé un padrenuestro por Min, como mamá me enseñó á hacerlo por el tío Chico, luego que murió. Como sentía frío me vine. Al pasar por el patio creí que estaba allí mi perro, como tenía por

costumbre, sentadito, gruñéndole á los gatos. Pensé en lo que dijo papá: que ya no le veremos nunca más. Por qué? Quiere decirme dónde se van los que mueren?

Carucho sollozaba amargamente con su carita escondida en mi regazo.

—Dice Juan, el peón, que todos tenemos que morir como el Min; que Ud., mamá, papá, Ana y yo moriremos. Yo no lo creo. ¡Quedarnos tan quietos como el tío Francisco y el Min! Ana no podrá ¡que va! ella que se mueve tanto! Dígame usted si eso es verdad?

—Sí, Carucho.

—Entonces nos comerán los gusanos, porque ayer dijo Ana que pronto el perro no sería más que un esqueleto, que los gusanos se comerían la carne y dejarían los huesos. Yo pensé que mi hermana se quería burlar de mí y le pregunté á papá y á mamá y me dijeron que sí. Eso es horrible, horrible! Quiere decir que el buen tío se cubrió de gusanos y que ahora no es más que un esqueleto? Si papá sabía eso, por qué dejó que lo enterraran?

—No quería papá á su hermano.

—Sí, pero tenía que enterrarlo.

—A mí, cuando muera, me enterrarán también?

—Mira, Carucho, no hablemos más, vamos á jugar, ¿quieres?

—No, no.

—Pues me voy, ya no te quiero. No pienso más en esas cosas tan feas. Entiendes?

—No podré, qué va! Pero ya que usted se enoja, prométame que si yo me quedo quieto como el tío ó como Min, y quieren metirme entre la tierra, Ud. no lo permitirá. Rúgueme que me dejen con ellos, que me guarden en el armario grande; yo no quiero estar solo... no... no... Los gusanos me comerán. ¡Qué horrible! Si ellos insisten, Déveme á su casa, compre una caja bien grande de cartón, y en ella me guarda... No deje que los gusanos me coman.

Me suplicaba con la voz, con sus grandes ojos, con las manos.

—Sí, Carucho, te lo prometo.

—¿Quiere usted creer lo que ha hecho Carucho? Me dijo su padre apenas entré. ¡No sé lo que le pasa á este demonio de muchacho! Figúrese que hoy lo encontró Juan, con la pala, quitando tierra bajo

la higuera. Le preguntó lo que hacía y le dijo que iba á sacar á su perro. Juan fué á llamarme y al interrogarme yo, me contestó imperturbable: saco al Min, papá. Sí, lo voy á guardar dentro de esa caja de cartón donde tenía mi gorrita nueva que he puesto en su gaveta. Así no se lo comerán los gusanos, como al tío Francisco.

¡Lo que me ha costado disuadirlo!

Tuve que traerlo á la fuerza. Desde entonces está allí en la sala tirado en el sofá con la cara escondida entre un almohadón. Venga usted y lo verá. Fuimos. Cuando entramos permaneció como estaba.

Yo me acerqué y le acaricié sus hermosas cabezas, cubierta de cabellos negros.

—Soy yo. ¿Qué tienes, Carucho?

Levantó hacia mí sus dulces ojos color de pizarra, llenos de pena.

—No me han dejado sacarlo, sollozó, y los gusanos se lo estarán comiendo. ¡Qué horror! ¡Pobre Min! Yo odio á la gente de esta casa, todos son malos, los aborrezco, agregé apretando con furia sus dienteceillos y amenazando con el puño. Dejaron que los gusanos se comieran al tío Chico... ¡Malos... Malos!

* * *

Ya hace muchos años que Carucho murió y al pobrecito se lo comieron los gusanos. Yo no pude cumplir mi promesa.

Sufro mucho cada vez que evoco la figura amable de mi amigo, con su rostro pálido y moreno y sus ojazos color de pizarra.

CARMEN IJRA

26 de Agosto de 1910.

PAJAROS VOLADORES

Yo vuestras alas no envidio,
pájaros de raudó vuelo
que vais volando, volando
hacia mi nativo suelo.

Si llegáis presto vosotros,
he de llegar yo más presto,
que para volar no hay alas
como las del pensamiento.

ANTONIO DE TRUEBA

Notas y Noticias

En Nicaragua fué muerto de manera gica nuestro compatriota don Oscar Casas. Esta desgracia ha sido muy lamentable. Presentamos á la estimable familia las nuestras sinceras manifestaciones de condolencia.

Primogénito.—El va bien reputado Dr. Barrionuevo y su distinguida señora, han sido obsequiados espléndidamente por el cielo con una preciosa chiquitina, para quien, así como para ellos, deseamos la mayor suma de dicha.

Preciosa resultó la serenata con que los empleados militares de la Plaza de San José, obsequiaron al señor Ministro de Guerra y Marina, Licdo. don Nicolás Oremono, el 13 del corriente á las 9 de la noche, en su casa de habitación, situada en el alto de Cuesta de Moras. La orquesta se componía de 32 ejecutantes, dirigida por el maestro Loots. El programa fué muy bien escogido, así: *Le Bombardier*, marcha, G. Parés. *La Muda de Portici*, obertura, Au- bert. *Minuet*, Capricho, G. Parés. *Fausto*, fantasía, Gounod. *Valse des Brunes*, L. Ganne.

Pocas veces hemos oído una serenata como esa, ejecutada por un conjunto tan numeroso y cuidadosamente organizado.

La velada que se dió con fines benéficos en el Teatro Nacional, el sábado 10 del corriente, satisfizo mucho á la numerosa concurrencia que asistió. Los diversos números del programa, encomendados á graciosas niñas, fueron muy aplaudidos, así como los cuadros plásticos, especialmente el de las estatuas, que resultó admirable.

Boda.—El domingo 11 del mes en curso, contrajo matrimonio el estimable joven don Carlos Ross, con la simpática y virtuosa señorita Enriqueta Bonilla. ¡Que las brisas de la felicidad acaricien eternamente á ese nuevo hogar!

Nota de exquisito arte dió el domingo 11 del corriente la Escuela de Música «Santa Cecilia». Una inspiración feliz de su Director, el maestro Vargas Calvo, convocó á algunos de sus compañeros en las labores de la referida Escuela, y á la 1 p. m. ante pequeño pero selecto auditorio, dió principio un brillante concierto, el programa del cual fué desarrollado por

los bien conocidos artistas, señorita Luisa Montero, de quien algún día hemos de ocuparnos detenidamente, señorita Marta Montesdeoca, señores Vargas Calvo, Cardona, León y Prada. Muy bien, maestro: esas audiciones no sólo son ratos de placer, de noble esparcimiento, sino que, siendo tan selectas, contribuyen á hacer el gusto por la buena música y dicen al mundo que Costa Rica tiene artistas, y artistas de verdad.

Colegio de Señoritas.—Este plantel, regentado por nuestro inteligente y distinguido colaborador, Profesor don J. Fidel Tristán, tuvo su fiesta patriótica con motivo del aniversario de la independencia, en la mañana del 14. Hubo discursos, cantos y recitaciones. El mejor elogio que del festival podemos hacer, es transcribir una frase del discurso del señor Presidente de la República, quien honró con su presencia el acto: «Me habéis proporcionado el momento más feliz y dichoso que he tenido desde que subí á la Presidencia de la República», dijo á las niñas.

Jajaljit.—Este antiguo colaborador de PAGINAS ILUSTRADAS nos ha prometido, para el próximo número, una crónica brillante, cual la merece, y como él sabe hacerlo, del magnífico baile efectuado en el Club Internacional la noche del 14 pasado. Igualmente otro amigo nuestro nos ha ofrecido ocuparse del baile dado por el Club Social esa misma noche, y del cual se hacen lenguas los concurrentes. Esperemos.

La Libertad, en el día de la idem, había de obtener un triunfo y lo obtuvo. A la hora fijada y á los acordes de la Banda militar, dió principio el *match de Foot-Ball*, á presencia del señor Presidente de la República y de numeroso público. El *team de La Juventud* (contrario), compuesto de magníficos elementos, trabajó como bueno, con ahínco é inteligencia y con muchas opiniones á su favor; pero, estaba escrito, de esta vez había de ser el triunfo para *La Libertad*, por lo que lo felicitamos, agradeciendo mucho á los señores Andrés Van der Laet y Ricardo Sánchez la invitación con que nos honraron.

El señor Presidente de la República, desplegó de par en par las puertas de su palacio,—su modesto palacio de gobierno,—á todos los que tuvieron á bien visitarlo en ese día de la Patria con el fin

de renovar las calurosas protestas de adhesión y simpatía, de tenaces empeños hacia la prosecución de una venturosa época de bienestar para este suelo, hoy por la mano de Dios abandonado a los albedríos inconjurables de la Naturaleza. Complacía de verdad el armonioso desfile,—cada uno á su hora correspondiente,—de las representaciones diplomáticas y consulares, de los altos empleados, de las corporaciones, de las Cortes de Paz y de Justicia, del Congreso, del Clero, de la milicia y los particulares; en fin, de todo lo que es el núcleo pensante y activo, la masa encefálica y el centro nervioso y muscular de nuestra vida republicana. Con indecible entusiasmo recibió á todos el señor Presidente. Y la Banda Militar, con el objeto de precaver que la monotonía hincase su colmillo en alguna de las lentas horas de recepción, hizo derroche de sus musicales alegrías en todo el acto.

También nuestro Municipio echó su cuartito á espaldas en lo de contribuir, con una recepción, á la celebración del glorioso aniversario. Lástima que no fuera popular.

El Centro de amigos de esta capital, celebró, como pocos, el aniversario de la Independencia. Como lo habíamos anunciado, á la 1 p. m. comenzaron á llegar en automóvil las familias de los socios, todas con sus niños, los que fueron agasajados de diferentes modos, en premio, sí, de la tierna, espontánea y bulliciosa alegría que allí llevaron; porque, no hay duda, las travesuras, las risas, las caritas rosadas y los encantos mil de la infancia, ablandan el ceño del más adusto y lo predisponen al placer. Y éste llegó á su límite para los adultos, pues aquéllos, la buena música, las finísimas atenciones de los socios y el inmejorable servicio de cantina, la que inundaba de champaña los salones, y por sobre todo esto, el selecto bouquet de señoritas, hicieron que las horas allí se deslizaran suavemente, amorosamente. Damos expresivas gracias á la comisión que nos honró con su tarjeta, y nos hacemos eco para ante ella del deseo de muchos asistentes de que esa clase de fiestas se den con frecuencia.

El Guanacaste.—Este es el nombre de una publicación que edita en Liberia el señor Mario Cruz Santos. Ya han salido tres números. Lo saludamos y correspondemos al canje.

Chile, la nación culta por excelencia cumple hoy—18 de septiembre de 1910—cien años de vida libre é independiente. Al justo regocijo del país amigo, nos unimos de corazón, saludándolo atenta y efusivamente en la persona del señor Eduardo Solís Vergara, encargado ahora de la Legación ante el nuestro. A la solemne recepción que con este motivo dará este caballero hoy á las 9 p. m., y á la cual hemos sido finamente invitados, concurrirá uno de nuestros colaboradores, quien nos dirá algo de la brillantez de la fiesta.

Ramón Matías Quesada.—Con esta bien conocida firma y bajo el título de «Resonancias del terroño», comenzaremos á publicar en el próximo número de PÁGINAS, una serie de artículos sobre la hoy destruida ciudad de Cartago. No sólo por su amenidad, sino más bien por su importancia histórica, estos artículos están destinados á llamar la atención de nuestros lectores.

Mr. H. S. Marshall, nuestro activo y simpático agente en Limón, resolvió dejar la soltería y, ¡á casarse! se ha dicho. El 7 del corriente se unió en matrimonio con una estimable señorita de Cartago. Vaya para ambos nuestro atento saludo de felicitación.

De plácemes están los comerciantes y los empleados de la Aduana Principal, por haber dispuesto el Congreso Constitucional no suprimir ese establecimiento. Felicitamos á unos y á otros, y asimismo á los diputados por la sensatez con que resolvieron esa cuestión.

En la Taberna

En un sucio fiçon desmantelado,
en cuyos flancos la atérica luz
va tejiendo un exótico bordado
que libra de las sombras al capuz,

un bohemio de rara catadura,
con otros—de la zusa en derredor—
ríen con un borracho que perjuja
cerca de una ramera y un jugador.

Con esos personajes de leyenda,
que apuran aguardiente y que un deslize
llevó, del vicio, á tan oscura senda,

entre bandidos de mirada adusta,
alza la copa el bardo y ve—¡jinetes!—
mientras tanto, rodar su lira augusta.

Orlando Olivares